



## La estética de la violencia en “El Apando” de José Revueltas

Prof. Claudia Cavallin Calanche

Universidad Simón Bolívar. Caracas. Venezuela

---

**Resumen:** La crisis de la modernidad, y su característica exacerbación del individualismo, encara algunos problemas sociales de difícil solución, entre ellos, la posibilidad de que sea en los márgenes del caos, y no en los confines de La Ley, donde se consolide la posibilidad existencia. Un ejemplo magistral de este fenómeno lo constituye el cuento **El Apando**, de José Revueltas (1969). Esta narración ilustra la posibilidad de la violencia como único mecanismo que permite la convivencia en sociedades fragmentadas. Más allá de adherirse a una nueva estética, **El Apando** es un discurso que despliega, a través del cuento, algunos de los inconvenientes más dramáticos de la incomodidad del “otro” con respecto a los procesos del orden y las jerarquías del poder. La tolerancia, para los sujetos situados al margen del poder, puede presentarse como algo innecesario puesto que sus estrategias son posibilidades negadas para la mayoría de ellos. Como señala Vattimo, son condiciones huecas, que no se traducen en una acción que pueda modificar la condición de vida de los sujetos marginales. Como consecuencia, al situarse cada vez más lejos de la centralidad del orden y de las leyes, los reclusos de **El Apando** convienen en producir su propia ley y eligen vivir en la barbarie. Utilizando los criterios formulados por Foucault acerca de los modelos tradicionales de exclusión del “otro” hacia los márgenes, intentaremos traducir este comportamiento que trasciende como práctica de la modernidad a nuestros días, como dislocación del poder y como  
componente estético.

**Palabras clave:** José Revueltas, violencia, barbarie

Cuando José Revueltas publicó desde la cárcel, en 1969, su obra **El Apando**, probablemente no imaginó que contenía la clave para ilustrar el problema de la violencia como reacción incómoda a los órdenes de la modernidad. Muchos años después, desde el incipiente Siglo XXI, podemos releer esta historia enmarcada en la crisis de los valores modernos que la inspiran (como la tensión entre el orden y el caos, la emancipación de las minorías y, a grandes trazos, la idea de una “revolución” en contra de las instituciones de poder). Sabemos que la crisis de la modernidad, y su característica exacerbación del individualismo [1], encara hoy algunos problemas sociales de difícil solución, entre ellos, la posibilidad de que sea en los márgenes del caos, y no en los confines de “La Ley”, donde se consolide la posibilidad existencia. **El Apando** puede leerse como ejemplo de este fenómeno, cobrando entonces pertinencia para el estudio del tema de la violencia en las sociedades contemporáneas.

**El Apando** es un discurso de violencia descarnada que despliega algunos de los inconvenientes más dramáticos de la incomodidad del “otro” con respecto a una de las ventajas de los procesos de modernización de América Latina: el mantenimiento del orden a través de la imposición de la ley y el confinamiento de las cárceles. La modernización, para los sujetos situados al margen del poder, puede presentarse como algo innecesario puesto que sus estrategias -como la industrialización, la sociedad de consumo, el progreso, la tecnificación -son posibilidades negadas para la mayoría de ellos. Como señala Vattimo [2], son condiciones huecas, que no se traducen en una acción que pueda modificar la condición de vida de los sujetos marginales.

Cabe destacar que, al hablar de sujetos marginales, estamos haciendo una relación aproximada de aquellos quienes se encuentran excluidos de un centro, cuya valoración es variable. En otras palabras, los sujetos son marginales dependiendo de lo que estudiemos como centralidad. En el caso de los apandados, vemos que el margen es algo relativo, es decir, al comienzo del texto pareciera que son los monos o gendarmes, quienes están “encerrados” en un mundo marginal al centro representado

por el trío de presos que hace alarde de su posición, al asumirse poderosos y controladores. Esta relación no es sólo simbólica, sino además física, ya que la disposición de la celda con respecto a las demás áreas, y las condiciones del diseño del apando, les permite a sus cautivos observar el mundo sólo de determinada manera y aumentan ese margen diferencial entre quienes están adentro y afuera del orden preestablecido. Dadas estas condiciones, **El Apando** representaría, desde el inicio, una afrenta a las institucionalidad y un quiebre total entre este espacio y la centralidad del poder establecido por La Ley.

Sin embargo y pese a lo que los apandados puedan pensar, los confinados a esta celda representan lo marginal dentro de lo marginal, es decir, si los márgenes pudiesen distenderse hasta el infinito, los habitantes del apando estarían centrifugamente desplazándose siempre hacia la orilla más distante. Como consecuencia, al situarse cada vez más lejos de la centralidad del orden y de las leyes, los apandados convienen en producir su propia ley y eligen sobrevivir en la barbarie.

A lo largo de nuestra historia, hemos desterrado la noción de barbarie de casi todos los espacios, que van desde la geografía hasta la literatura, favoreciendo la cultura de la razón, donde los ciudadanos ilustrados podrían garantizar la convivencia armoniosa del hombre a través de la implementación de patrones de conducta o modelos de comportamiento diseñados para tal fin. Como casi todas las promesas de la modernidad, este ideal sufre un deslaste ante la irrupción del “otro” como ente que desafía el orden establecido.

Los presos de **El Apando** se encuentran totalmente excluidos de los espacios de la cultura y los espacios sociales [3]. Están, además, excluidos de los espacios de lo público, vale decir, del lugar propio, de la pluralidad, de la acción y la política. Como reclusos, tienen anulada su condición de ciudadanos activos, pero la condena va más allá, también les han sido negados los más mínimos rasgos de civilidad, comenzando por su nombre propio, al que sustituyen por apodos que hacen alusión a características identitarias (El Carajo, La Chata, los monos), pasando por la negación una personalidad más allá de los rasgos del cuerpo que muchas veces responde a descripciones grotescas, más cercanas a los rasgos de un animal o bestia monstruosa que a los del humano: “... la familia de monos bailaba, chillaba, los niños y las niñas y la mujer, peludos por dentro (...) los impetuosos montones de la bocanada de humo que soltó Polonio, invadieron la zona de luz con el desorden arrollador de las grupas, los belfos, las patas, las nubes, los arreos y el tumulto de su caballería, encimándose y revolviéndose en la lucha cuerpo a cuerpo de sus propios volúmenes cambiantes y pausados (...) La cabeza - de El Carajo - separada del tronco, guillotina y viva con su único ojo que giraba en redondo, desesperado, en la misma forma en que lo hacen las reses cuando se las derriba en tierra y saben que van a morir, desató desde el principio en Meche y La Chata un furor enloquecido”. [4]

Los protagonistas de esta historia son verdaderos bárbaros embebidos en las exudaciones de la droga, que contribuye a distorsionar aún más la imagen de cada uno y a socavar el abismo que distancia el mundo de los apandados del mundo real.

Sabemos que los mecanismos de exclusión varían según cambian las condiciones desde donde se ejerce el poder. Para ver más claro este punto, podemos utilizar los criterios formulados por Foucault, quien señala que existen dos modelos tradicionales de exclusión del “otro” hacia los márgenes, implementados en la época antigua y medieval, respectivamente, pero que trascienden como prácticas de la modernidad a nuestros días. El primero de ellos, sería la “expulsión” de los enfermos - específicamente, de los leprosos - de la ciudad donde habitan las personas sanas. Esto marca inmediatamente una posición de “lugares” y una distinción geográfica donde el sano (sujeto que ejerce el poder) está “adentro” y el enfermo (sujeto desterrado) está afuera. Esta situación nos coloca inmediatamente ante la figura de un sujeto marginal

que no solamente es ignorado, sino además olvidado. De hecho, a los leprosos se les despedía con un ritual “fúnebre”, y se repartían sus pertenencias entre sus herederos, tal y como se practica cuando alguien muere en Occidente. El segundo modelo de diferenciación del otro según Foucault, parte ya no de un principio de exclusión, sino todo lo contrario: es un mecanismo de inclusión [5]. Además tiene la particularidad de ser una estrategia para implementar los más rigurosos mecanismos de control. Se trata, como señala Foucault, del modelo de convivencia con los infectos de peste, en las ciudades medievales. Al enfermo, esta vez, no se le excluye o margina (en cuanto a lugar geográfico) sino que se le confina a su casa, desde donde debe probar su mejoría o resignarse a permanecer en este recinto hasta la muerte. Esta actitud, justificada por el “bien común”, requiere de frecuentes controles y supervisión por parte del Estado, que verifica constantemente la situación de sus enfermos. [6]

En este sentido, la cárcel podría ser considerada como un dispositivo de expulsión, a donde se arroja, en algunos casos literalmente, la escoria humana para salvaguardar a la sociedad “sana”. Pero, dentro de la cárcel, la celda de **El Apando** es una pequeña casa para enfermos, que respondería al segundo modelo de Foucault. Allí fueron confinados los “apestados”, es decir, aquellos a quienes La Ley excluye como delincuentes, pero con los cuales la convivencia es imposible aún en los espacios de exclusión, y por ello permanecen marginados hasta que puedan resarcir sus faltas y regresar junto al resto de los reos, o mueran en su encierro. La policía, los monos, es decir, La Ley, está presente para controlar esporádicamente que el caos del apando permanezca dentro de los confines de la celda y no contamine al resto de los reos. Ya no es tan importante lo que allí suceda, siempre y cuando no se derrame por el postigo de la puerta. Hacia adentro, existe un espacio sin ley, donde las relaciones interpersonales están negadas a favor de la supervivencia inmediata, de la urgencia de las necesidades básicas, del conseguir la droga balsámica a costa de todo sacrificio.

¿Quién ejerce el poder desde la cárcel? ¿A quiénes se excluye y cómo se logra sobrevivir en la exclusión? Foucault demuestra que el poder es ejercido de manera “material”, es decir, a manera de un cuerpo cuyos órganos están conectados y centralizados pero que también posee extremidades importantes donde toman lugar ciertas relaciones opresoras. “Hay que admitir, en suma, que este poder se ejerce más que se posee, que no es el “privilegio” adquirido o conservado de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta y a veces acompaña la posición de aquellos que son dominados. Este poder, por otra parte, no se aplica pura y simplemente como una obligación o una prohibición, a quienes “no lo tienen”; los invade, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo que ellos mismos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en las presas que ejerce sobre ellos” [7]. En **Microfísica del poder** (1985), Foucault ilustra estas cualidades del poder al desmontar la estructura de las cárceles, y pone como ejemplo la acción del grupo de prisiones (GIP), destacando las diferencias entre una práctica humanista y las que tiene lugar en estos recintos:

“ El sistema penitenciario, es decir, el sistema que consiste en encerrar a la gente, bajo una vigilancia especial en establecimientos cerrados hasta que se reformen, -al amenos eso es lo que se da por supuesto-, ha fracasado por completo. Este sistema forma parte de un sistema mucho más vasto y complejo que es, si usted quiere, el sistema punitivo: los niños son castigados, los estudiantes son castigados, los obreros son castigados, los soldados son castigados, en fin, se castiga a lo largo de toda la vida. Y se castiga por un conjunto de cosas que son las mismas del Siglo XIX.” [8]

Penalizar los mismos crímenes y de manera similar a cómo se hacía en el Siglo XIX, demuestra cierta anacronía en el sistema de prisiones. En el fondo, hay un halo de barbarie que propicia el escenario válido para las escenas de rebeliones y motines,

como sucede en **El Apando**. La misión de la cárcel, ligada desde el comienzo a un proyecto de transformación del individuo, fracasa porque los mecanismos de poder que en ella toman lugar sirven, más que para redimir, para fabricar nuevos criminales. Pero, es precisamente allí donde podemos leer el anverso de la modernidad. “La prisión fabrica delincuentes, pero los delincuentes, a fin de cuentas, son útiles para el campo económico y para el campo político. Los delincuentes sirven: sirven por ejemplo, para el lucro que se puede obtener de la explotación del placer sexual (...), luchas políticas y sociales, en las misiones de vigilancia, de sabotaje, etc.” (Foucault, 1975: 27-33).

Por ello, en **El Apando** el fracaso de la institución carcelaria es evidente, puesto que tanto apandados como monos, mujeres jóvenes como señoras, vigilantes y vigilados, son delincuentes, trasgreden la norma y utilizan el poder a su antojo, de manera de obtener ciertos placeres, privilegios o concesiones. Cualquiera que entre en contacto con el lugar de la prisión, inmediatamente activa un mecanismo que lo convierte en un ser infame, en un rufián, en un policía, en un informante, en una Chata, en un mono, en un “Carajo”. [9]

Este sería el reverso de la individualización, cuando el derecho a las diferencias se distiende hasta los confines de la barbarie y anula toda la posibilidad de existencia individual. Lo que narra este cuento parece ser un mal de nuestros tiempos, una paradoja más de la modernidad que derrumba toda posibilidad de reconciliación con la certeza y el orden. **El Apando** presenta los resultados de la individualización descarnada, potenciada y barbarizada. Pero además, interpela al supuesto orden que se desea imponer con este castigo, pues los apandados se ven obligados a adoptar el modelo del caos y de este modo alejarse, cada vez más de la centralidad anhelada. En este sentido, son bárbaros pero también individualistas, por una razón de supervivencia inmediata del mismo modo que los “monos”. Como señala Camps: “Son individualistas los miembros de las sociedades cuando se muestran insolidarios, sobretodo, insensibles hacia las desigualdades” y eso es lo que ocurre en **El Apando** de uno u otro lado de la reja.

La marginación de los apandados, de cierta forma, también oculta mucho más que a un trío de presos, situados en el borde de su ya marginal entorno. Marca una diferencia. El apando es un estigma. De allí la incomodidad manifiesta que poseen todos los personajes respecto a él. Sin embargo, aunque podría pensarse lo contrario, en vez del desencanto, los apandados buscan, desde su miserable celda, un re-encantamiento, confían en la providencia de la madre de El Carajo, que encinta de la droga, traería dentro de su vientre (Virgen María llena de desgracia), una especie de justicia divina; unos gramos de ese tesoro salvador cuyo hálito mágico puede curar todos los males. Por ello, planean cuidadosamente la preñez de la vieja mujer, cuidando cada detalle, pues en el apando no hay alternativas. Conscientes de su desamparo, de su desvinculación con el resto de la sociedad y de la imposibilidad de asumirse como parte de los otros presos, los protagonistas se arriesgan en esta misión salvadora a través de la barbarie. Los apandados eligen la barbarie: “La barbarie se elige. Animados por la idea de que la verdad es una y el error, múltiple, basta con que creamos hallar la nuestra en un pasado esplendoroso o en un futuro radiante para que emprendamos insensatamente la marcha, guiados por una luz remota que, sin embargo, no nos resulta de ninguna utilidad en el camino. Primero habrá que transigir por un pequeño contratiempo, después por otro algo mayor, más tarde por uno que ya se acerca al sacrificio y, finalmente, por los más atroces requerimientos hechos en nombre de una causa. Y, pese a ello, todavía seguiremos avanzando una buena tirada, animados no tanto por la idea de que la meta que nos propusimos vale lo que ahora nos exige, como por la que el tributo ya pagado nos conmina a proseguir” [10].

Asumir la barbarie como estrategia de supervivencia y considerar la violencia como dispositivo que garantiza un mínimo de convivencia, tal y como ocurre en **El**

**Apando**, cuestiona abiertamente algunos de los principales postulados de la modernidad; modernidad que en nuestros países nunca fue asumida de manera cabal, puesto que amén de haber ingresado de manera tardía, reprodujo sistemas que en ocasiones fueron implementados fuera de contexto, sin tomar en cuenta las diferencias particulares que las sociedades latinoamericanas poseían con respecto a los países del primer mundo. La universalización de las normas y la generalización de los valores son principios utópicos si intentamos implantarlos en una cárcel latinoamericana. Los patrones de socialización orientados a la formación de identidades abstractas en lugar de suponer una homologación ciudadana, potencian la individualización de los sujetos que se ven amenazados ante esta posibilidad. El proyecto de la modernidad, que en principio garantizaría el desarrollo histórico, fracasa ante la posibilidad de existencia de situaciones en las que, como en **El Apando**, se apuesta por la barbarie. El liberalismo, por su parte, como teoría política de la modernidad, postula principios como el universalismo y el igualitarismo, que en casos como el que estudiamos se diluyen ante la necesidad de supervivencia. Los valores de moralidad, ciencia y productividad, implícitos en la cultura moderna y herederos de una tradición encaminada hacia el progreso, quedan anulados al confrontar las contingencias del día a día de quienes habitan en los espacios marginales como las cárceles.

El decadente sentido moderno parece inútil ante la emergencia de la diferencia. Nuestra incapacidad de pensar en términos de diferencia y en posicionarnos en el lugar del “otro” deslustra en su totalidad al proyecto de modernidad. La inconmensurabilidad de expresiones teóricas que estudian este fenómeno, se dispersa al intentar exponer la brecha entre las minorías marginadas y la conciencia moderna.

La crisis de la modernidad es también la crisis de los artefactos culturales que la acompañan, entre ellos, las teorías. Desde la teoría literaria no se puede explicar cabalmente lo que ocurre en **El Apando**. Tampoco podemos explicar la violencia carcelaria desde la sociología, las teorías culturales o el psicoanálisis. Esta crisis de asidero es sinónima de una revolución necesaria que devuelva a los sujetos su condición de falibilidad. Los esfuerzos de la modernidad por esgrimir una escala de valores consistente no funcionan ante la posibilidad de existencia de un ser fragmentado, escindido. Como señala Lipovetsky el individualismo de la era postmoderna implica una lógica del vacío, la deserción de lo público, de lo común, en la búsqueda de la satisfacción del individuo puro, que se autocomplace y se rige por sus propias reglas, propenso a desfallecer o a hundirse en cualquier momento. No existe una necesidad de trascendencia que sea superior a las necesidades individuales inmediatas. Sólo resta un inminente afán de sobrevivir en el presente. En **El Apando**, las necesidades son otras. Esto se debe a que, apandados, el número de elecciones y opciones tienen los reos dentro de la comunidad a la que pertenecen es nulo. Las normas que rigen esta privación de libertad fomentan la intolerancia hasta los límites de la violencia.

Por otro lado, la posmodernidad relega los valores espirituales y fomenta un nuevo culto al cuerpo como símbolo. Esta cualidad también está presente en la historia de Revueltas. El gran capital que poseen los personajes de **El Apando** es su propio cuerpo y, por extensión, el de sus mujeres y el de la madre de El Carajo, que lo utilizará para transportar la droga. En estas circunstancias, la deformidad, el albinismo, las heridas, las cicatrices o cualquier otra marca es determinante para la identidad. Esto está tan marcado en la narración, que los personajes se distinguen más por el vínculo con sus cuerpos (generalmente accidentado y nefasto) que por cualquier relación entre ellos mismos. Los apodosos que ya hemos mencionado, en ocasiones, les definen en totalidad. Como consecuencia, se exagera la individualidad corporal, sus movimientos (recordemos la danza del vientre del Albino), y se generan nuevos imperativos hedonistas, como el sexo y las drogas, todos ellos concebidos para complacer y complacerse. La felicidad producto de la adopción de estos

mecanismos está libre de culpa, pues no requiere de la satisfacción de las normas o de la comunión con los principios. Es una suerte de ética sin deber, donde los apandados disfrutan de mínimas satisfacciones efímeras pero intensas. Es el reino del hedonismo interregno.

Los presos del apando conviven en un mundo descreído, sin más valores que los antes mencionados. Aquí “la vida individual es demasiado corta para apostarla a empresas de carácter total, a revoluciones que auspician la transformación del mundo o de la humanidad. Así cada uno acaba prefiriendo vivir para sí mismo, (...) sin complicaciones de inciertas consecuencias” [11]. En **El Apando**, las mayores expectativas se limitan a observar, desde la perspectiva limitada del postigo, el mundo también caótico e intervenido por la violencia de los monos, disfrutar de una sexualidad sin promesas y conseguir algo de droga. Existe, entre los apandados, un marcado egoísmo por la satisfacción de los objetivos individuales (a pesar de que juntos fraguan un plan común para obtener la droga) y una tenacidad rapaz por conseguirlos. Quizás lo único compartido sea el afán de consumir estupefacientes. La droga, diseñada para satisfacer las necesidades individuales es, paradójicamente, la única condición colectivizante de la celda. En esa dirección el consumo y el individualismo se desarrollan simultáneamente. Como una paradoja: tres seres diferentes, únicos, y sin embargo, igualados por el vicio, por la desesperación y el encierro.

Por otro lado aún cuando los diálogos toman lugar, casi exclusivamente, en la celda de castigo, existe entre los apandados un alto grado de incomunicación. “El individualismo -decimos- es feroz, la competitividad inevitable, no hay tiempo para estrechar los lazos afectivos; la sordera, el ruido, la incompreensión se hacen insoportables, asistimos impotentes -si no indiferentes- a las frecuentes expresiones de insolidaridad, racismo e intolerancia. Nada nos asegura que la comunicación entre las personas, es decir, la capacidad de convivir, de acompañarse unos a otros, de llegar a grados de comprensión satisfactorios, la capacidad de establecer diálogos que diriman pacientemente nuestras disputas, nada nos asegura que todo ello haya progresado mucho desde que Sartre o Ionesco denunciaron la incomunicación existente” [12].

Como hemos señalado, en **El Apando** todo rasgo individualista colinda con la barbarie, también en lo concerniente a los fenómenos de la comunicación y del lenguaje. En la Antigüedad la condición de bárbaro, además de referirse a aquellos que habitaban en el borde mismo del limes, agrupaba indistintamente a todos aquellos que no podían ser considerados como griegos. El bárbaro era aquel con quien no podíamos comunicarnos, más que por la distancia, por la imposibilidad de comprender su lengua, su verdad, su razón. Los primeros mecanismos de discriminación y exclusión de la historia se fundamentan en estas distinciones. El imperio de la barbarie en **El Apando** es de tal magnitud, que aún cuando se nos presenta a través del formato de ficción breve, que sublima la violencia y apuesta por una narrativa fragmentada, nos resulta incomprensible y hasta cierto punto injustificable. Son estos los nuevos bárbaros de la modernidad, que se amoldan a fantasías, sobre todo ideológicas, sobre las etapas o grados de la civilización. Los personajes de **El Apando** responden a una lógica medieval, donde se cobra ojo por ojo y diente por diente, no importa cuán bien manejen sus armas o sobrevivan en el mundo moderno. Como señala Ridaou: “Por diferente que sea el grado de excelencia técnica que hayan alcanzado los diversos bárbaros de la historia, los sucesivos detentadores de la verdad heracliteana - los sucesivos civilizados - siempre los han visto como parte inseparable de la naturaleza, seres gobernados por un instinto que responde a los ritmos del sol y de la luna, del hambre y de la saciedad, de la procreación y de la supervivencia. Carentes de la mirada superior que proporciona la razón, se limitan a reproducir conductas exigidas por el medio natural en el que viven. El carácter ancestral que se suele asociar a éstas procede, no de que se tenga

conciencia fehaciente de la fecha aproximada de sus orígenes sino de un razonamiento tan elemental, de un prejuicio tan transparente que resulta inverosímil su capacidad para pasar indemne desde los estudios antropológicos a los culturales, y desde estos a la acción política: puesto que todo lo que hacen los bárbaros no es más que una respuesta del instinto a la naturaleza, y la naturaleza es ancestral a su vez, puesto que cualquier variación implicaría un juicio racional que, por definición, son incapaces de llevar a cabo” [13].

Esto nos lleva a juzgar severamente todo lo que ocurre dentro de **El Apando**. Podemos no haber estado nunca en México, ni haber visitado una cárcel, ni mucho menos una celda de castigo, pero la mera condición de occidentales nos confiere autoridad suficiente para concluir que los actos de barbarie representados en el cuento, y que se inspiran en hechos reales acontecidos en la vida del autor, escapan a nuestra racionalidad. Los apandados no son como nosotros, por ende, algo de funcionar mal en ellos. Es necesario reflexionar acerca de que el “otro” nunca ha estado tan distante ni tan lejano de nosotros mismos como desearíamos suponer. Es más, en muchos aspectos, su comportamiento responde a los efectos perversos de la civilización y no de la barbarie. La violencia en las sociedades contemporáneas es una muestra más del fracaso del modelo de control social esgrimido por la modernidad.

El Estado moderno intentó inútilmente eliminar la violencia de la vida social, sin embargo pareciera que el desarrollo de las sociedades produce de manera residual desajustes y disfunciones como la delincuencia y la criminalidad. Esta condición se ve reforzada cuando el vínculo entre el sujeto y su entorno se fragilita o se rompe. El individualismo toma allí el disfraz de la barbarie. Lo que sucede en **El Apando** es una representación literaria de este fenómeno pero, al mismo tiempo, es un documento que ilustra dónde estamos y con quiénes estamos dialogando.

Ninguna teoría contemporánea puede dar respuesta al fenómeno de la violencia. Los principales postulados sobre el tema entran en crisis, ya no existen valores que puedan ser considerados como universales, ni categorías abarcales que puedan discriminar a un grupo de personas con relación a otras. Sólo podemos explorarla a través de testimonios, de relatos, de suposiciones sobre lo que significa pertenecer a estas minorías peligrosas, que no se ajustan al orden social. El fenómeno es, en sí mismo, irreductible.

La violencia que toma lugar en la celda de **El Apando** responde a una lógica de masificación de las cárceles, con sus características económicas, políticas y culturales. De esto se desprende que no se puede entender la violencia apenas como un efecto regional de cada país. No se puede explicar tampoco la violencia y la delincuencia por el aumento del desempleo y los bajos salarios o como consecuencia de una revolución. Es necesario analizar cómo y quién lleva los instrumentos de poder y de placer a las cárceles, y cómo se establecen y se refuerzan los valores que impulsan a la acción de una búsqueda irrefrenada de ese poder y de ese placer, remarcando que éstos constituyen un cuestionamiento de los valores habituales de las minorías. En tanto que las poblaciones marginadas no pueden internalizar los valores de las sociedades dominantes, existirá la violencia como síntoma de una sociedad dividida, como dispositivo de poder y como condición de supervivencia, y allí estará presente la literatura para dar su testimonio.

**Notas:**



- [1] Entre los elementos que definen la relación del hombre con respecto a la sociedad, el individualismo puede definirse como la primacía moral de la persona, frente a cualquier colectivo social.
- [2] (Vattimo:1994:15)
- [3] Según Carrera Damas, estaríamos hablando de marginalidad cultural y marginalidad intrasocial. (Cfr. Carrera Damas, G. **De la Dificultad de ser criollo**. Caracas, Grijalbo. P. 33)
- [4] Revueltas José, **La palabra Sagrada. Prólogo y selección de José Agustín**. México, ERA. P. 69-91.
- [5] “No se trata de una exclusión, se trata de una cuarentena. No se trata de expulsar sino, al contrario, de establecer, fijar, dar lugar, asignar sitios, definir presencias, y presencias en una cuadrícula. No rechazo, sino inclusión. Deben darse cuenta que no se trata tampoco de una especie de partición masiva entre dos tipos, dos grupos de población. La que es pura y la que es impura, la que tiene lepra y la que no lo tiene., Se trata, por el contrario, de una serie de diferencias finas y constantemente observadas entre los individuos que están enfermos y los que no lo están. Individualización, por consiguiente, división y subdivisión del poder, que llega hasta coincidir con el fino grano de la individualidad” (Foucault: 1999:53)
- [6] (Foucault:1999:53-54)
- [7] Foucault, M (1992) **Microfísica del poder**. Madrid: La Piqueta. Pág. 86.
- [8] Foucault (1973) Entrevista con B. Morawe. En esta entrevista Foucault comenta el resultado de una investigación en las cárceles francesas. Foucault obtuvo declaraciones confidenciales de los propios presos, en donde señalaban los maltratos a los que eran expuestos, como hacinamiento en locales pútridos, abusos sádicos, repetido desprecio de las prescripciones médicas, malos tratos continuados, entre otras vejaciones. Posterior a este informe, se produjo un hecho extraordinario: el Ministerio de Justicia no pudo desmentir la evidencia recaudada y, por tanto, sin ser desautorizados por “la Institución” se asumió, finalmente, que los presos decían “la verdad”.
- [9] En Venezuela, la palabra “carajo” va más allá de la interjección que denota sorpresa, disgusto o enfado. La expresión “me importa un carajo”, por ejemplo, le confiere a esta palabra una propiedad nula, hueca; un carajo es algo reducido a la nada, a su mínima expresión, los residuos o la escoria.
- [10] (Ridao:2002:168)
- [11] (Camps: 1999:61)
- [12] (Camps: 1999: 126-127)
- [13] (Ridao: 2002:41)

## **Bibliografía**

Camps, Victoria (1999) **Paradojas del Individualismo**. Editorial Crítica. Barcelona

Damas Carrera, Germán (1993) **De la dificultad de ser criollo**. Grijalbo. Caracas.

Foucault (1973) **Prisiones y motines en las prisiones**. Entrevista con B. Morawe, *Dokumente: Zeitschrift für internationale Zusammenarbeit*, año 29, nº 2. Junio de 1973. Págs. 133-137.

Foucault (1975) **Entrevista sobre la prisión: El libro y su método**. Magazine Littéraire, 101. Junio de 1975. Págs 27-33.

Foucault, Michel (1992) **Microfísica del poder**. Madrid: La Piqueta.

Foucault, Michel (1999) **Los Anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)** Fondo de Cultura Económica. México.

Lipovetsky, Gilles (2002) **El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos**. Anagrama. Barcelona.

Lipovetsky, Gilles (2002) **La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo**. Anagrama. Barcelona.

Revueltas, José (1999) **La palabra sagrada**. Prólogo y selección de José Agustín. México. Ediciones Era.

Ridao, José María (2002) **La elección de la barbarie: liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea**. TusQuets Editores. Barcelona

Vattimo, Gianni (1995) **El fin de la Modernidad**. Gedisa. Barcelona.

[Ponencia presentada ante el XII Congreso de Literatura Mexicana UTEP]

© *Claudia Cavallin Calanche* 2008

*Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

